

Distopías patriarcales

Análisis feminista del «generismo queer»

Alicia Miyares

Distopías patriarcales

Análisis feminista del «generismo queer»

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Feminismos

Consejo asesor:

Paloma Alcalá: Profesora de enseñanza media

Ester Barberá: Universitat de València

Cecilia Castaño: Universidad Complutense de Madrid

M.^a Ángeles Durán: CSIC

Ana de Miguel: Universidad Rey Juan Carlos

Alicia Miyares: Profesora de enseñanza media

Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Mary Nash: Universitat de Barcelona

Verónica Perales: Universidad de Murcia

Concha Roldán: CSIC

Verena Stolcke: Universitat Autònoma de Barcelona

Amelia Valcárcel: UNED

Dirección y coordinación: Alicia Puleo, Universidad de Valladolid

1.^a edición, 2021

Diseño de cubierta: aderal

Ilustración de cubierta: Verónica Perales Blanco

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alicia Miyares, 2021

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 27.431-2020

I.S.B.N.: 978-84-376-4201-7

I.S.B.N.: 978-84-9134-709-5

Printed in Spain

*Para María Jesús Pando.
Reconociéndonos siempre,
hemos podido disfrutar de la amistad
desde la infancia*

Presentación y agradecimientos

Cuando se intenta describir una semblanza del feminismo político y alertar de las distintas trampas conceptuales desde los inicios hasta el momento actual, las páginas son deudoras de todas las voces que, preocupadas por la misma cuestión, han expresado sus argumentos.

Afrontar un debate respecto a lo queer y este nuevo «sujeto transgénero» o el más inespecífico de «sujeto trans», anulando previamente la validez de la categoría de análisis más preciada del feminismo como lo es describir críticamente las relaciones «sexo/género», no es tarea individual. Resulta chocante, para cualquiera que mantenga un mínimo de coherencia argumentativa, que mientras se niega la validez de la categoría «mujeres» como sujeto vindicativo de la igualdad, se nos imponga la emergencia de un nuevo sujeto político, llámese «trans» o «transgénero» que no solo invisibiliza a las mujeres sino también a las personas transexuales. Contra esa imposición normativa y politizada, vía reconocimiento legal de la «identidad de género» o «autodeterminación de género», son muchas las feministas que han elevado sus voces críticas. Así, por ejemplo, con Amelia Valcárcel, Ángeles Álva-

rez y Maite Berrocal la comunicación y el diálogo han sido constantes. Sabíamos de la necesidad de frenar un avance legal, auspiciado por organismos internacionales, sobremanera la ONU, en donde el deseo o sentimiento subjetivo se imponía al análisis crítico de las consecuencias derivadas de sustituir el «sexo», como dato objetivo, por el «género sentido». El voluntarismo subjetivo tiene difícil encuadre normativo, ya que la esfera pública y el marco legal que le da sustento no se articulan en sensaciones, íntimas convicciones, sentimientos o deseos que difícilmente pueden ser comunes.

Desde su inicio, el feminismo como teoría política ha criticado abiertamente la naturalización esencialista derivada del sexo, que convierte el «nacer mujer» en un destino amargo, ya que el nacer con el «sexo inadecuado» ha lastrado las expectativas vitales de las mujeres en todas las culturas pasadas y presentes. La denuncia de esa realidad tangible es feminismo. De igual forma, el feminismo político ha cuestionado ese «hacerse mujer» o constructivismo social extremo que edificó el andamiaje por el cual a los sexos les correspondían no solo funciones diferenciadas, sino también divergencias en el entendimiento, capacidades, habilidades, modos de estar o de vestir que hoy podríamos resumir en la palabra «subjetividad». Si de algo sabemos las mujeres es de que la subjetividad ha sido una de las grandes trampas conceptuales elaboradas arteralmente desde Rousseau hasta nuestros días, por medio de la cual se canaliza la misoginia.

A lo largo de la historia, las mujeres hemos padecido sobremanera la «identidad de género», o constructivismo esencialista, que ha solidificado la desigualdad estructural de nuestras vidas como mujeres. La «identidad de género», asumir el género como identidad o autodeterminación, ha sido y es una construcción normativa y el feminismo, por lo tanto, no puede permanecer impasible ante la pretensión de otorgarle reconocimiento jurídico. Poco importa que se afirme que atiende solo a una minoría social porque, de hecho, al ser

una construcción normativa tiene por objeto prescribir qué, quién, cómo, cuándo y dónde es pertinente referirse a «las mujeres», o añadirle prefijos como «cismujeres», o proponer giros del lenguaje como «portadoras gestantes», para evitar el uso de la palabra «mujeres». La denuncia de las imposiciones normativas, basadas tanto en la heterodesignación como en la transdesignación, de lo que significa «hacerse mujer» es feminismo.

Por otra parte, este libro debe agradecimiento expreso a todas aquellas personas que desde la institucionalidad política o desde el seno de sus propias organizaciones han contribuido a generar espacios de debate feministas. Debo, pues, agradecer a la Escuela Clara Campoamor de Fuenlabrada y a quien la dirigió con notable acierto, Silvia Buavent, el espacio ofrecido durante los «años ciegos» de férula conservadora. En ese espacio, hace ya tres años, planteé serias objeciones a la emergencia de un «feminismo emocional», más preocupado en los sentires y la subjetividad que en la defensa de la agenda feminista. Este feminismo posmoderno y acrítico, que concibe el ser feminista como vivencia íntima, no duda en hacer explotar la agenda feminista para adaptarla a las expectativas individuales. Peor aún, se hace cargo de una agenda contraria a la agenda feminista. A su vez, tanto en Fuenlabrada como en otros espacios (Feminario, curso de Teoría Feminista, Rosario Acuña...), expresé mis dudas y críticas a la sobreutilización de las categorías de «identidad» y «diversidad». Critiqué abiertamente que la proliferación en el uso de estas categorías afectaba directamente al feminismo y las mujeres, procediendo a su fragmentación, enmascaramiento del sexismo y despolitización del movimiento. No me equivocaba. En su momento utilicé de ejemplo el cajón de sastre de las «políticas sociales» de los inicios de los ochenta, en donde las mujeres, como grupo social mayoritario, corríamos la misma suerte que minorías y colectivos sociales, por lo que se hacía imposible consolidar políticas específicas para las mujeres. Bue-

na parte de aquellos años ochenta se nos fueron a las feministas en vindicar una institucionalidad propia (los «Institutos de la mujer»), una formación feminista y unos planes de igualdad tanto municipales como autonómicos y estatales. Todo ese trabajo feminista de los ochenta consolidó lo que denominamos «políticas de igualdad». Hoy, desgraciadamente, esa expresión ha caído en desuso porque de nuevo, en un giro amargo del destino, a las mujeres nos han vuelto a meter en otro cajón de sastre, el de «la diversidad y la identidad», produciéndose los mismos efectos indeseados para las mujeres que ya criticábamos en los ochenta. De ahí que no dejaremos en la denuncia de los procesos reactivos a los que estamos asistiendo; por ello agradezco y mucho al Feminario de Córdoba, tanto a Rafaela y Lourdes Pastor como al resto de mujeres que conforman su organización, que, contra viento y marea, aborde debates y prácticas que suponen un serio retroceso en el avance de la igualdad para las mujeres. Me refiero a la pornografía, la prostitución, la práctica del alquiler de vientres y la autodeterminación de género.

Mención expresa de agradecimiento debo a la Escuela Feminista Rosario Acuña de Gijón, que, de forma continuada y en los últimos años, ha referido y analizado la «agenda sobrevenida» tal cual es descrita por su directora Amelia Valcárcel: «La prostitución y los vientres de alquiler se han sumado recientemente al debate feminista. El patriarcado ha incluido la maquinaria pornográfica en el orden de la libertad y a los hijos e hijas en un mercado fluido de deseos o caprichos». Forma parte también de la agenda sobrevenida, lo analizado en la Rosario Acuña en julio de 2019, lo queer y sus conceptualizaciones. Como se afirmaba en el propio texto de la convocatoria, un esencialismo constructivista, lo queer, ha nacido al amparo de la posmodernidad. No es feminismo, aunque devenga de él. Ni el feminismo puede ser confundido con la teoría queer ni mucho menos sustituido por ella. A la mera idea de que existe una identidad femenina esencial, el feminismo

ha respondido con el análisis de las múltiples «heterodesignaciones» con las que la supuesta esencia femenina se construye y se percibe. La teoría queer, y más a medida que se aleja de la agenda feminista, corre el peligro de impostar de nuevo precisamente una identidad inadmisibles. Desde la libertad es necesario establecer un debate sobre las implicaciones de la práctica feminista en contraste con lo queer/transgénero. Y en ese espacio de libertad agradezco haber compartido debates con las ya citadas Amelia y Ángeles, así como con Rosa María Rodríguez Magda, M.^a José Guerra, Anna Prats, Elena de la Vara y Xabier Arakistain.

Intuíamos que la celebración del curso titulado «Política feminista, libertades e identidades» iba a suscitar críticas. El pensamiento feminista es siempre incómodo, pero no calculamos la caza de «las brujas de Acuña» que se comenzó a gestar en las redes sociales, antes incluso de que acabaran todas las sesiones. En los días sucesivos, la cacería se intensificó gracias a un breve vídeo, apenas de dos minutos, oportunamente manipulado. No deja de resultar notable que los más activos en expandir calumnias fueran en su mayoría varones pertenecientes al grupo que en aquellas jornadas se habían designado como «activistas transgénero» para diferenciarlos expresamente de las personas transexuales. Gracias al curso de la Rosario Acuña y quienes pretendieron nuestro descrédito, sin éxito alguno, se hizo evidente lo que en aquellas jornadas denunciábamos: que la agenda queer/transgénero es diametralmente opuesta a la agenda feminista. No fue en absoluto casual que salieran en tromba personajes favorables a la regulación de la prostitución, la pornografía y la práctica del alquiler de vientres, junto a personas que promovían todo tipo de amenazas de violencia inusitada. También se sumaron a la causa inquisitorial personas que consideraron el descrédito de las ponentes en términos de oportunismo político o ventaja para su propia causa partidista. A esto se une la pobreza argumentativa desplegada para defender el reconocimiento del

género como identidad, más aún si su única arma se basa en designar como transfobas o terfs a quienes desde el feminismo nos oponemos al delirio del esencialismo de la categoría «género» y al borrado de la categoría «sexo».

Tan desmedido ataque, personalmente, me revitalizó, permitiéndome afianzar mis argumentos y otorgándome energía para culminar este libro. Por ello, quiero expresar mi absoluto reconocimiento a todas las mujeres que, con valentía, batallan en las redes sociales, frenando el avance de la horda transgénero/queer. Mi agradecimiento expreso a Towanda Rebels, Zua Méndez y Teresa Lozano; a Plataforma Antipatriarcado, Ángeles Auyanet, y a Patrulla Feminista, Marina Ruiz. También a las que, a título individual, tejen con paciencia hilos en redes para trasladar las posiciones feministas como Laura Redondo, Tasia Aránguez y Paula Fraga. La compañía de todas estas personas y otras como Ana de Miguel, Montse Boix, Lola Venegas o Karme Freixa transmite la suficiente fuerza para seguir luchando por la liberación de las marcas de género. A los insultos y falta de argumentos responderemos con rebeldía feminista.

Conviviendo con la distopía

Doble pensamiento significa el poder de mantener dos creencias en la mente de manera simultánea, y aceptarlas a ambas.

GEORGE ORWELL, *1984*.

Conviviendo con la distopía

«ABRE TU MENTE» A LA DISTOPÍA

Los actos humanos generan distopía. El hechizo que suscitan palabras como «felicidad», «deseo» o «sentir» puede abocar a las personas a la aceptación acrítica de determinadas tendencias sociales que nos conducen irremediabilmente a situaciones peligrosas como especie humana¹. A nadie se le escapa que sufrimos el torpedeo constante de discursos extremos que, a su vez, generan demandas sociales contradictorias. Tal parece que el mero hecho de expresar una demanda la convierte en automáticamente equivalente a su contraria. La cacofonía vindicativa se abre paso porque en términos políticos y económicos se prescinde del análisis de las consecuencias, solo el individuo importa. El futuro es ahora. La realidad es ahora. Distopía.

¹ «La elección de la humanidad se encuentra entre la libertad y la felicidad, y para la gran mayoría de la humanidad, la felicidad es mejor» (George Orwell, *1984*, P/L@, 2000, pág. 288).

Arrojados como especie a la inmediatez e inmersos en una realidad convulsa y profundamente polarizada, se aceptan como mal necesario ciertas dosis de injusticia y crueldad: la sobreproducción alimentaria y las hambrunas conviven como si tal cosa; el consumismo desbocado y el agotamiento de recursos se perciben como realidades independientes; las crisis migratorias son planteadas como amenazas; la dependencia tecnológica da pábulo a los rumores hechos «fake news»; el abuso de poder y la corrupción política se dulcifican con supuestas bajadas de impuestos. Verdad y mentira caminan de la mano en el ejercicio de la política. En un horizonte de desempleo, pobreza, marginación social, asalto a las libertades más elementales y transmutación de los deseos en derechos, las personas vuelven su mirada hacia quien tenga mejor disposición para engañar. Distopía.

EL FEMINISMO POLÍTICO CONTRA LA DISTOPÍA ACTUAL

En el Ministerio de la Verdad, descrito por Orwell en su novela *1984*, la consigna del Partido es: «La libertad es la esclavitud». En nuestra realidad distópica, esta máxima tiene como referente último a las mujeres. Siempre hay quien sostiene que la prostitución es una forma de empoderamiento de las mujeres. Colectivos organizados enarbolan la bandera de la libertad y el altruismo para legitimar la explotación reproductiva de las mujeres a fin de satisfacer el deseo de tener hijos. Postulados teóricos desdeñan que el «sexo biológico» sea causa de desigualdad alguna. La igualdad, como categoría política, jurídica y moral, es suplantada por la diversidad, la identidad o la vulnerabilidad, como si no hubiera matices que diferencien su significado. La aplicación de sinonimia absoluta impide ver los efectos contrarios o indeseados. Distopía.

El feminismo político se enfrenta a la distopía actual y esta es su encrucijada. Cuando el posmodernismo afirma que los

significados atribuidos a los sujetos, a los «ideales emancipatorios», son meras ficciones, el engaño se teoriza. Si las cadenas de significación son múltiples y cambiantes y el propio sujeto se disuelve en los «usos del lenguaje», desaparece la reflexión crítica. Y a las personas no les queda otra que sucumbir a la aceptación. También puede suceder que, sin pretenderlo, haya personas que en vano proclamen «el rey está desnudo» y entonces el flagelo de la rabia emocional caerá sobre ellas. Cualquier intento de articular un relato unificado, dada la más absoluta heterogeneidad, será calificado de sospechoso, ya que la apariencia de cohesión de seguro se ha logrado por supresión. No hay argumentos, solo juicios de valor. El feminismo político de la igualdad entrará en la categoría de discurso sospechoso. Será demonizado en los relatos distópicos gracias a la palabra fetiche, «hegemónico». Sea discursivamente o mediante escritura ampulosa, la palabra «hegemonía» ridiculiza cualquier intento de articulación política. Distopía. Cuando, además, como feministas, se convierte en imposición teórica que renunciemos al análisis crítico de «las relaciones sexo/género», inquisitorialmente se nos está exigiendo que abjuremos de nuestra lucha contra la desigualdad. Distopía. Las mujeres somos fragmentadas y fragmentadas, objeto de una nueva taxonomía (precarias, diversas, brujas, transfronterizas, migrantes, con velo o sin velo, negras, blancas, heterosexuales, lesbianas, anticarcelarias...) cuya única finalidad conocida es establecer una ordenación jerárquica que genera desconfianza. Distopía.

El feminismo es algo más que una narración cultural, una conjura masónica de «hermanas» o una adaptación más emotiva, aun si cabe, de *Sonrisas y lágrimas* o de *West side story*. Si el feminismo se decanta hacia aspectos emocionales o vivenciales, el pensamiento crítico será anulado. Y sin un análisis crítico de la realidad, de lo que se teoriza con relación a las mujeres, lo que somos o dejamos de ser, solo queda aceptar la última ocurrencia intelectual como gozosas corderillas. Las primeras

en la lista dispuestas al sacrificio. No podemos ser más que lo que se nos dice que debemos ser. Tenemos que representar todo y nada a la vez: la identidad, la diversidad, la vulnerabilidad, la interseccionalidad, el relativismo, la libre elección y la resignificación del cuerpo. El feminismo no puede ser emocional, vivencial y acrítico. Ser feminista no es una vivencia íntima. Es identificarse con una agenda y no dinamitarla para que se adapte a las expectativas de cada una o uno.

Vivir en una realidad distópica es una amenaza para la democracia y el feminismo. Si la democracia es débil, las primeras en sufrir las consecuencias somos las mujeres. Debemos, por ello, tomar conciencia de las amenazas que están ahí, al acecho, esperando el momento oportuno para clavar el agujón de la misoginia, que es como empieza todo discurso reactivo contra las mujeres. Cada tiempo histórico introduce nuevos debates, nuevas polémicas y propuestas, y poder entre-sacar el hilo conductor que caracteriza cómo se explican las «relaciones sexo/género» es la tarea del feminismo. El feminismo, a lo largo de la historia, señaló con certeza las trampas conceptuales elaboradas para impedir el avance hacia la igualdad de las mujeres. Palabras llenas de significado político que, sin embargo, traían y traen desesperanza vital y política para las mujeres: ciudadanía, individuo, clase, igualdad y las del tiempo presente «subjetividad» y «diversidad». La mixtura endemoniada de la subjetividad (identidad) y la diversidad provoca una oportuna «torre de Babel» que impide el acuerdo hasta en lo más básico. Sus primeras víctimas somos las mujeres.

El maridaje de la subjetividad y la diversidad en lo que afecta a las mujeres se puede describir como «historia de una negación». El relato del «no» tiene muchas formas de presentarse: no hay violencia de género, no somos el sujeto activo del feminismo, no hay un sexo biológico, no somos mujeres sino cismujeres, no somos «mujeres embarazadas» sino «cuer-

pos gestantes», no somos un grupo social sino colectivo. La designación de lo que quiera que seamos las mujeres, en cualquier caso, no nos pertenece: somos *heterodesignadas* y ahora también *transdesignadas*. Y quien se arroga el poder de la designación lo hace con espíritu patriarcal. Luchar contra las designaciones también es un buen modo de resumir la historia del feminismo. La moneda está en el aire: o feminismo o distopía patriarcal.

DEMOCRACIA FEMINISTA

La democracia será feminista o no será. Cuando la democracia comienza a perfilarse en la última mitad del siglo XIX como la forma de gobierno posible y deseable, tres serán las teorías políticas que contribuirán a su fundamentación ideológica: el liberalismo, el socialismo y el feminismo. Qué modelo de sociedad es el más deseable, cuáles han de ser las condiciones mínimas para garantizar la autonomía de las personas, qué tipo de Estado es el más eficaz para resolver los problemas de la ciudadanía fueron y siguen siendo cuestiones inherentes a la propia democracia. Las diferentes, y en muchos casos antagónicas, respuestas estuvieron y están determinadas por la teoría política a la que se recurra. La cohabitación de las distintas ideologías en el escenario democrático no ha sido fácil, pero lo que distingue a la democracia de otras formas de gobierno —dictaduras, teocracias y autocracias— es que el sistema democrático da cauce al desacuerdo, garantizando, en cierta medida, la convivencia.

En el último tercio del siglo XX, el feminismo y la izquierda política limaron sus desconfianzas, quizá no tanto por convencimiento, sino por pragmatismo político. Contribuyó a ello también, en las sociedades democráticas, el intento de afianzar el «Estado de bienestar»: la idea de mejorar, completar y consolidar ese modelo social llevará al cruce de ca-